

NINA PLUTA

Universidad Pedagógica de Cracovia

“Investigación” de los misterios familiares en el contexto de la historia reprimida (Ricardo Piglia, Edmundo Paz Soldán, Rodrigo Rey Rosa)

ABSTRACT: This paper analyses contemporary Spanish American novels whose plots are motivated by a private investigation into the mysteries that lead to collective memory. In the second half of the 20th Century many Latin American countries were being torn apart by civil wars, guerilla wars and dictatorships. The societies in these countries (Argentina, Chile, Bolivia and Central American countries) have not yet come to terms with their personal and collective wounds and crimes. Recent history has not yet been totally restored. The official versions of history have been distorted and the heroes of the novels analyzed here begin their private investigation of facts, which leads them to uncover not only the mysteries in the recent histories of their countries, but also the political affiliations of members of their own families. As these heroes are always somehow involved with writing, their para-detective search turns out to be a struggle about a discursively and textually formed identity, as well as a negotiation of values between the public and the private, between official historiography and the memory of individuals and their families, between the traditional and postmodern sense of patriotism. This process illustrates that in some contemporary Latin American societies, conflicts between the accepted version of history and marginalized private memory correspond to the postcolonial model of identity problems.

KEY WORDS: Contemporary Spanish American novel, detective story, identity, postcolonial studies.

La identidad, como su raíz etimológica lo confirma, tiene que ver con identificación. En la interpretación lacaniana, el deseo de identificación con la ley simbólica del padre acarrea el uso del lenguaje (LACAN, J., 1981: 309), y, en consecuencia, permite la participación en la cultura y las comunidades imaginarias. En los argumentos narrativos de una serie de novelas hispanoamericanas contemporáneas esta identidad queda problematizada a causa del ocultamiento

de la historia, individual y colectiva, al que contribuyen tanto las familias de los protagonistas (extensión de la figura simbólica del padre), como las agendas de la cultura dominante. Los protagonistas proceden a recuperarla adoptando tácticas pseudodetectivescas (entrevistas a testigos, estudio de documentos etc.).

Es fundamental la circunstancia de que los problemas identitarios causados por las falacias históricas se producen en la Hispanoamérica de hoy en unas sociedades donde los antiguos conflictos coloniales han perdurado bajo la forma de remanentes poscoloniales. Los prejuicios y tabúes siguen enfrentando los descendientes de los criollos a los no blancos, los ricos a los pobres etc. Aunque no haya dominación colonial propiamente dicha, sigue habiendo exclusión, elitismo, racismo¹; importantes grupos sociales son desprovistos de voz y representación cultural oficial. Si de España se ha dicho en ocasiones que en su historia pos-imperial representaba al “colonizador colonizado”, para Hispanoamérica se podría invertir la frase: en varias sociedades de la región el colonizado se ha convertido en colonizador de sus propios subalternos.

La situación colonial complica la relación de los sujetos subalternos con su propia cultura e historia. La identificación, de por sí basada en el sentimiento de pérdida (de sí mismo, del otro) y contradictoria, se vuelve aún más tortuosa, cuando el colonizador impone la fuerza inconsciente en nombre de la cultura y la civilización, organizando el campo social según su propio “dispositivo” (es decir mecanismos integrados por leyes, reglas discursivas, costumbres e instituciones, FOUCAULT, M., 2000: 77—102). El „señor blanco”, p. ej., en una sociedad mayormente negra, ejerce el poder de manera a menudo violenta y perversa, pretendiendo, sin embargo, permanecer “en el marco de la virtud cívica” (BHABHA, H., 2010: 31).

Un recurso fundamental para ejercer la violencia epistémica es el silenciamiento de las historias no oficiales, base de la identidad colectiva para varios grupos que no apoyan directamente el poder. De este modo, el sujeto hegemónico aliena a los grupos subalternos, reacios a su “dispositivo”, y se aliena a la vez a sí mismo, negando que la presencia del “otro” sea de hecho su propia “sombra”. El ambiente social se empapa de agresividad que caracteriza, como lo observaba Frantz Fanon (cit. por Bhabha), las sociedades coloniales y poscoloniales.

Estos procesos, observados en su estado puro en la situación colonial, se reproducen, sin embargo, *dentro* de las mismas sociedades poscoloniales, tales como las hispanoamericanas, donde, después de la conquista de la Independencia en el siglo XIX, las élites blancas reemplazaron en su lugar al colonizador

¹ Uno de los autores que aquí se tratan, el guatemalteco Rodrigo Rey Rosa, cuenta en una entrevista de 2000 cómo la clase media de su país reaccionó a la popularidad de Rigoberta Menchú, india maya, defensora de derechos humanos, que había publicado el testimonio escrito de su experiencia como víctima de las represiones criminales contra la población rural guatemalteca por parte del ejército, las guerrillas y las formaciones paramilitares. Las opiniones de la gente de la calle fueron apabullantes en su racismo.

creando una situación de subalternidad para los habitantes de otras razas. A ello se añadieron luego las prácticas de exclusión creadas por los agentes del capital neocolonial norteamericano, inglés, alemán, británico. En los estudios poscoloniales centrados en Latinoamérica se trabajan los mecanismos de silenciamiento de las voces, tradiciones y discursos de los grupos discriminados (indios, mestizos, negros, inmigrantes, minoridades sexuales), conminados a mantener su cultura por vía oral.

Semejantes mecanismos de distorsión de la historia se hicieron ver en los países hispanoamericanos que padecieron guerras civiles, guerrillas y dictaduras terroristas en la segunda mitad del siglo XX y empezaron a recuperarse de ellas en las décadas 80. y 90. del siglo XX. En aquellos países (Cono Sur, América Central, parcialmente Perú y Colombia), las instituciones de represión y de censura recurrieron al ejercicio de violencia física, y paralelamente a la violencia discursiva. En Argentina, Chile, Nicaragua, Guatemala, entre otros, el Estado impuso durante años o décadas enteras, su "dispositivo" discursivo, que presentaba a los comunistas u otras agrupaciones de la oposición como "criminales". Los millares de "desparecidos" se convertían en "delincuentes", en una inversión que la propaganda conoce muy bien. La supresión de "la visión de los vencidos" practicada en los siglos de la Colonia, encuentra pues también una continuación tanto en la política de los caudillos autoritarios del siglo XIX, como en las dictaduras del siglo XX.

Desde el indigenismo, pasando por las novelas parabólicas sobre la violencia de los años 70., hasta la nueva novela histórica, la literatura hispanoamericana trata de asumir aquellas versiones de la historia antigua y reciente de Hispanoamérica (extendiéndose puntualmente a otras regiones del mundo), que en su tiempo, a causa de represiones de tipo diverso, no tenían oportunidad de trascender a la esfera pública. La progresiva inclusión en el ámbito de la ficción de las versiones heterodoxas de ciertos hechos y datos impactantes, ha traído consigo el cuestionamiento de la solidez de los mitos nacionales y panamericanos.

En el cruce de los siglos, varias sociedades hispanoamericanas, desgarradas unas décadas antes por los conflictos políticos y guerras civiles, se han mostrado dispuestas a saldar las cuentas con el pasado reciente; más dispuestas que inmediatamente después de las treguas, cuando los remanentes de represión y la memoria traumática del pasado impedían hacer referencias directas. Aunque los autores hayan trabajado el tema antes, incluso en el contexto de la represión, lo hacían de manera velada, alegorizando la violencia. Sólo a partir de los años 90., el clima se hizo propicio a una indagación más abierta y realista de la historia reciente.

Una serie de novelas me parecen particularmente interesantes porque, aprovechando libremente la convención policiaca y detectivesca, cifran los acontecimientos históricos silenciados en clave de misterio seudocriminal. Además, sitúan este misterio tanto en el plano familiar (reto para la identidad individual),

como en el social (reto para los mitos de la identidad colectiva y nacional). De este modo, lo silenciado adquiere, para el protagonista-investigador, peso sicológico y a la vez lo reubica en el seno de su colectividad.

Presentaremos las obras de tres autores que retoman el tema de la búsqueda del sentido histórico ocultado por diferentes agendas políticas. En todos los casos analizados esa búsqueda corre paralela con la necesidad de esclarecer algún misterio familiar. Y desde 1980, año en que se publica la primera novela comentada, *Respiración artificial*, del argentino Ricardo Piglia, hasta las más recientes — de Rodrigo Rey Rosa y Edmundo Paz Soldán — crece la desenvoltura de la crítica con que se enjuicia la participación de todos los bandos enfrentados en las luchas de la segunda mitad del siglo pasado.

En *Respiración artificial* de Ricardo Piglia (Argentina, 1940), la experiencia de una verdad histórica huidiza se plasma en los motivos de textos incompletos, enunciados carentes de sentido manifiesto, códigos cifrados y enfrentamiento paranoico de sujetos deseosos de apropiarse de los sentidos enajenados. Publicada en las postrimerías de la dictadura militar argentina (1976—1983), la novela teje una red de conexiones entre la historia nacional y las peripecias familiares. El protagonista de la *Material humano* (2009) de Rodrigo Rey Rosa (Guatemala, 1958), descubre la implicación de su propia familia en la historia sangrienta de la guerra civil guatemalteca (años 80—90 del siglo XX), partiendo del estudio llevado a cabo en el Archivo de la Policía Nacional. A su vez, el protagonista de varias novelas de Edmundo Paz Soldán (Bolivia, 1968) es un hombre joven que vacila entre la condición de un ciudadano de la aldea global y la de un boliviano afectado, en su genealogía familiar, por las secuelas de la dictadura de los hace algunas décadas.

Respiración artificial (1980) de Piglia fue interpretada tras su publicación como una alegoría de la falsificación de la historia reciente de Argentina (los asesinatos a los opositores políticos) y de la apropiación del discurso oficial por parte del régimen militar (1976—1983). Para para toda una generación de lectores, en la postrimerías de la dictadura, significó „un acto de resistencia a la censura y al terrorismo de Estado” (SAER, J.J., 2008: 158).

El escritor Renzi se entera de la existencia de un tío suyo, Maggi, quien, desterrado del seno de la familia tras un escándalo sentimental, y de la vida publica tras la caída del presidente radical Yrigoyen, vive confinado cerca de la frontera con Brasil. En la correspondencia que inician el sobrino y el tío surge una mutua simpatía, corroborada por un intercambio de comentarios que abarca sus lecturas, sus gustos estéticos y opinionies sobre las relaciones peligrosas entre la ficción y la historia. Este coloquio epistolar termina dominado por la cuestión de un proyecto de escritura del tío: la reconstrucción, a partir de un puñado de cartas, de la biografía de un patriota de la época de Rosas, Enrique Ossorio. Con este Maggi se identifica en cierto modo: ambos han pasado por la experiencia del destierro (aunque Maggi permanezca en el mismo país), desde el

cual se hace problemático el propio pasado de uno, así como el futuro; un futuro que para los expulsados de su contexto natural se vuelve utópico y se reduce a la palabra escrita, que aguarda una lectura feliz o errónea.

La palabra conversacional que Maggi dirige en sus cartas al sobrino, junto a la palabra afiebrada de Ossorio en las cartas a sus amigos de la época (incorporadas parcialmente en la novela), constituyen un espacio de resistencia en la circulación del discurso oficial. La “estratégica localización” (termino de Edward Said) de ambos sujetos discursivos en los márgenes y de la sociedad, en el marco de una comunicación epistolar privada, les permite poner en tela de juicio la eficacia de los discursos oficiales. De esa doble correspondencia, una incluida dentro de otra, tanto el destino de Ossorio, como el del tío Maggi, emerge de forma fragmentaria. Al mismo tiempo, los lectores de ambas correspondencias — Maggi, el historiador, y Renzi, el sobrino fascinado por la personalidad del tío — realizan *investigaciones* alrededor del objeto de su curiosidad. “Estoy como perdido en su memoria [...], perdido en una selva donde trato de abrirme paso para reconstruir los rastros de esa vida” (27; pág. 188; todas las citas provienen de la edición de 2001, Barcelona, Alfaguara), dice Maggi, dando testimonio de una alteración parecida a la de un detective en la etapa en que los indicios variados y los esbozos de hipótesis no le permiten todavía ver nada en claro². Renzi, a su vez, interroga a los parientes y conocidos acerca del turbulento pasado del tío.

Es de notar, sin embargo, que estas peculiares investigaciones se reducen a pruebas e indicios textuales: cartas o palabras de los testigos. Maggi, el historiador, no está nada seguro de los resultados de su empresa. Su crítica se dirige fundamentalmente contra la falacia del discurso ficcional e historiográfico. Se hace manifiesta su conciencia aguda de que la verdad equivale a una construcción de palabras, hecha con más o menos arte, que la historia es una serie de recursos de composición, de orden impuesto a los acontecimientos (“Tengo distintas hipótesis teóricas que son a la vez distintos modos de organizar el material y ordenar la exposición”, 31). El sobrino Renzi muestra un escepticismo parecido respecto a las funciones informativas del lenguaje (“De Yrigoyen [uno de los presidentes argentinos — N.P.] me interesa el *estilo*”, 19). La historia revela pues su „carácter de artificio”, a la vez que revela las “catastrofes implícitas en su *voluntad de estilo*”; esto explicaría la composición de la novela de fragmentos y enunciados orientados hacia la indagación y la búsqueda de las historias parciales (FERNÁNDEZ PORTA, E., 2008: 336).

A la luz de la concepción postcolonial, el discurso sobre la nación está escindido entre el esencialismo historicista y la performatividad de las contranar-

² Piglia, el autor, habla en una ocasión de su formación como historiador y hace esta comparación recordando su experiencia en el archivo: “Era una especie de extraño detective que no sabía cuál era el enigma, o tenía una idea no muy definida, y tenía que ir a buscar unas pruebas, unos datos, unos documentos y a partir de ahí construir” (PIGLIA, R., VILLORO, J., 2008: 197).

raciones creadas desde el margen (BHABHA, H., 2010: 145—160). Las dos reconstrucciones que se realizan aquí, a saber, la biografía del patriota exiliado del siglo XIX y la del pariente misterioso, que se automarginaliza de la hegemonía familiar y política, son en efecto “contranarraciones”, que revelan la naturaleza escindida y temporal³ del discurso sobre la historia argentina. Por eso Ossorio, desde su exilio, practica la correspondencia y planea una novela epistolar, viendo en esa modalidad conversacional (propia para toda la novela de Piglia) un recurso con el que oponerse a la cosificación de la historia, una posibilidad de cuestionamiento permanente de las “verdades”:

Escribir una carta es enviar un mensaje al futuro; hablar desde el presente con un destinatario que no está ahí, del que no se sabe cómo ha de estar (en qué ánimo, con quién), mientras le *escribimos* y, sobre todo, *después*: al leernos. [...] La correspondencia es la forma utópica de la conversación porque anula el presente y hace del futuro el único lugar posible del diálogo. (85)

En *Respiración artificial*, en otras novelas (*La ciudad ausente*, *Plata quemada*), así como en sus ensayos-ficción (*Formas breves*) y varios artículos sobre temas literarios (*Literatura y ficción*, *El último lector*), Piglia desarrolla una visión de la literatura como cruce de discursos sociales, que concuerda con las inspiraciones de Bachtin, Foucault, la actual crítica cultural y la crítica neocolonial. Lo que interesa, desde esa perspectiva, además del valor intrínseco de los textos, son las fuerzas y las conjunciones de fuerzas que están detrás de las ideas, culturas, acontecimientos históricos (SAID, E., 2008: 629). Piglia presupone que las ficciones literarias se construyen a partir de discursos — documentales, históricos, políticos, periodísticos, coloquiales — por la posesión de los cuales los sujetos excéntricos (véanse los personajes de escritores exiliados, despreciados, marginales) tienen que competir con las fuerzas del orden. A este propósito cita a Valéry: “La era del orden es el imperio de las ficciones, pues no hay poder capaz de fundar el orden con sola represión de los cuerpos con los cuerpos. Se necesitan fuerzas ficticias” (PIGLIA, R., 2001: 35). Piglia comenta: “¿Que estructura tienen esas fuerzas ficticias? Quizás ese sea el centro de la reflexión política de un escritor?”. Llámese buen gusto, opinión común, proclama oficial o canon literario, el discurso hegemónico determina los sentidos que circulan en diferentes esferas de la cultura, las presencias o exclusiones.

La idea de que una literatura crítica ha de contribuir necesariamente a desmentir las manipulaciones del discurso hegemónico, ha sido constante en los debates de los intelectuales hispanoamericanos, quienes en distintas épocas literarias se han a menudo sentido en la obligación de contrarrestar las

³ Bhabha contempla el discurso histórico de una nación en su “escisión” provocada por el empuje de los discursos del margen o revolucionarios y su “temporalidad”, que lo mantiene en permanente disposición a ser reformulado (performatividad) (BHABHA, H., 2010: 145—160).

ficciones oficiales con las suyas propias y de desterrar del silenciamiento las versiones heterodoxas de la historia y las voces silenciadas (los indigenistas, los autores mediados del siglo XX, incluso los del *boom*, como lo atestigua Carlos Fuentes en su ensayo *La nueva novela hispanoamericana* de 1969). Siguiendo esta línea, pero perteneciendo con su reflexión a la segunda mitad del siglo XX, Piglia matiza, diciendo que en la lucha discursiva mencionada no se enfrentan la mentira oficial y la verdad heterodoxa, sino ficciones más o menos autorizadas.

Uno de los excluidos de la literatura argentina cuya importancia se reivindica en la novela (y en varios otros textos piglianos) es Roberto Arlt, convertido hoy casi en un autor de culto y antes reprobado por la particular heterogeneidad de su estilo, considerada como muestra de "incultura". Arlt, hijo de inmigrantes alemanes y gran lector de la literatura mundial en traducciones al español dudosas, dejó en su dicción las impurezas y aristas que resultan del choque de tradiciones y registros, convocando "todos los fantasmas coloniales de la inmigración, la mescolanza y el Otro en el discurso" (FERNÁNDEZ PORTA, E., 2008: 336).

La literatura, en el pensamiento crítico de Piglia, así como en su práctica narrativa, crea con los demás ámbitos del uso del lenguaje (cartas, artículos de prensa, política, ficción) un sistema de vasos comunicantes⁴. En *Respiración artificial* parece evidente que, de forma indirecta, el escepticismo de los protagonistas alcanza no sólo la producción literaria y de las ciencias humanas, sino también la esfera de la política, sobre todo a partir del momento en que se hace audible la voz de un censor paranoico, quien trata de descifrar la clave de unos mensajes mandados por los militantes de una oposición indefinida. La actuación del censor tiene lugar en una época incierta, correspondiente a la vez al siglo XIX del dictador Rosas y a los tiempos contemporáneos del tío y sobrino (léase, los años de la represión en Argentina).

En suma, la investigación del pasado es aquí una manera de esclarecer la actualidad, suscribiendo a la idea de W. BENJAMIN de que la historia es objeto de una reconstrucción que se efectúa no en un tiempo homogéneo y vacío, sino en un tiempo repleto de presente (1975: 163). LA misma prioridad del presente se lee en el texto de Piglia: "[E]s la ominosa realidad del presente la que exige una urgente meditación" (SAER, J., 2008: 160). El deseo de historia, el deseo de

⁴ Por eso insiste en la "literariedad" del trabajo del, por ejemplo, historiador: "Ahí [en el archivo — N.P.] tuve la experiencia de lo que es el trabajo del historiador, de lo que es la construcción de un relato, la construcción de una situación histórica a partir de la inestabilidad de lo que se puede encontrar: el riesgo que supone ir a un archivo para ver si es posible encontrar aquello que uno imagina que puede estar ahí, y el modo en que los historiadores reconstruyen la situación histórica que están buscando a partir de elementos que han sido completamente secundarios, marginales en el sentido amplio de lo que sería la experiencia histórica: cartas, testimonios en juicios, listas de las provisiones que se reciben en las pulperías de tal sitio.

darle vida y sentido a la actualidad, a través de las incursiones mesiánicas del pasado, en *Respiración artificial* se convierte más bien en un deseo de plantarle cara a la realidad sin sentirse aniquilado por ella. Para estimar la actitud ante la historia de los protagonistas sería pues lícito retomar las palabras de uno de ellos: “¿Cómo podríamos soportar el presente, el horror del presente [...], si no supieramos que se trata de un presente histórico?” (*Respiración artificial*, 88).

El mismo movimiento dialéctico entre el pasado y el presente organiza la novela *Material humano* de Rodrigo Rey Rosa (2009). El texto juega con la identidad auténtica del autor, ya que este aparece, actuando en el presente (corre el año 2006), bajo su nombre propio, y desempeña el papel del narrador en primera persona, incorporando datos de su vida de escritor y otros elementos de su privacidad convertida en ficción. La novela consta de breves apuntes contenidos en una serie de “libretas” y “cuadernos”, donde el hilo conductor de una narración se entrelaza con comentarios sobre las variadas lecturas del autor (Sartre, Voltaire, Adam Zagajewski), sus reflexiones sobre la sociedad de su época, sobre la política de su país, junto con citas de periódicos, así como menciones de sus asuntos familiares y sentimentales. Se citan igualmente documentos de los Archivos de la Policía Nacional, al que el narrador consigue acceso por casualidad. Un proyecto nacional para la recuperación del archivo pretende salvarlo de la ruina en que se iba sumiendo durante décadas. Al escritor le atrae el laberíntico y hostil edificio, que resguarda miles de legajos, y se le presenta como un “novelable [...] *microcaos*, cuya relación podría servir de coda para la singular danza macabra de nuestro siglo” (14; todas las citas se han tomado de la edición de 2009, Barcelona, Alfaguara). Durante la lectura de las fichas policiales, procedentes de todo el siglo pasado, su inicial proyecto literario (que de hecho justifica su presencia en el archivo) se desvía y el narrador va centrándose en la persona de Benedicto Tun, un empleado que había trabajado durante cincuenta años en el Gabinete de Identificación, dedicando su tiempo y esfuerzo a mejorar el sistema de colección de datos. De hecho, la investigación semicientífica que lleva el narrador en el archivo se convierte en reconstrucción de la vida de este personaje (ya muerto). Consigue varias entrevistas con su hijo y descubre a un personaje que sintetiza las contradicciones de la vida de un indio guatemalteco del siglo XX, quien había logrado, a costa de un esfuerzo inusual, cierto éxito profesional y además, había sobrevivido a las múltiples tiranías del siglo. Aunque también supo, en alguna manera, ser fiel a sí mismo, a costa de exponerse a graves peligros (se había negado a testimoniar en falso para encubrir los crímenes de la policía).

El narrador descubre cada vez mas documentos que testimonian sobre las acciones criminales de la policía guatemalteca, tanto en la primera mitad del siglo XX (dictadura de Estada Cabrera), como en la época que se inicia en 1954 con el derrocamiento del presidente Arbenz por la derecha local, con el respaldo de la CIA, y llega hasta los comienzos de la democracia a finales de los años

ochenta⁵. Estas puebas de la ilegalidad del pasado se combinan en el diario del autor con las escuetas relaciones de un caso siniestro que provoca una crisis en el país: un grupo de diputados salvadoreños fueron asesinados y las huellas llevaron a cuatro agentes de la Dirección de Investigaciones Criminales, que a su vez, después de su captura, fueron encontrados muertos, al parecer inexplicablemente, en una celda de alta seguridad. El narrador informa sobre éste y otros casos estremecedores (ejecuciones de personas consideradas como ideseables — mendigos, drogadictos, ladrones — por los miembros de unos grupos de “purificación” inoficiales, asesinatos de políticos y defensores de derechos humanos) en un tono neutro, lo que se explica por su inmersión en el día a día de un país, teóricamente democrático, que sólo las personas de fuera califican como sumamente peligroso. “Este es un buen país para cometer un crimen”, comenta el relator norteamericano de Derechos Humanos de la ONU. Y los amigos franceses reconocen que lo que el narrador les cuenta “tiene los elementos de un *thriller*”.

En efecto, en el curso de los acontecimientos en su vida se van insinuando elementos de una trama criminal, cuando por casualidad conecta unos datos del archivo con el caso de su madre, que había sido secuestrada durante varias semanas en los años 80. Entonces su neutralidad inicial, fruto de cierta indiferencia cansada ante el crimen, se esfuma y él mismo empieza a sentirse vigilado y a temer por sus familiares. La de por sí lógica incidencia del crimen organizado y estatal en la vida de los ciudadanos queda pues subrayada y la “normalidad” guatemalteca contemplada en su precariedad. Sólo una parte de la sociedad está determinada a “recuperar” la memoria, aunque esto acarree disgustos y peligros. A nuestro narrador se le retira finalmente el permiso para estudiar en el archivo; luego es inquietado por llamadas perdidas. Otro personaje, antiguo dirigente guerrillero, se decide a enfrentar los reproches de los hijos de personas a quienes su organización había ejecutado durante la guerra, a veces injustamente. Algunos de los que antes se sublevaran en contra del gobierno, legal o ilegalmente, trabajan en el proyecto del archivo y los vigila la policía; en la dudosa democracia, ésta ya no puede matar en plena impunidad; aunque sigue haciéndolo disimuladamente, en actos puntuales de terror. “De todas formas, está bien que quienes combatieron con las armas el sistema que ha quedado en parte reflejado ahí, en el Archivo, continúen oponiéndose a él, digamos, legalmente, de manera retrospectiva y no violenta, ¿no?” (166), razona el narrador.

Pero la mayor parte de los guatemaltecos prefiere dejar a los muertos dormir tranquilamente. El padre del protagonista le advierte: “Estás jugando con pólvora”; aunque la madre, la secuestrada de hace veinte años, sonrío con tácita aprobación. Y otros aguantan, porque la población:

⁵ Desde los años sesenta hasta mediados de los ochenta el país fue desgarrado por conflictos armados entre las guerrillas izquierdistas, el ejército y los paramilitares, llevándose una cantidad inaudita de alrededor de doscientas mil víctimas.

[...] vive vulnerable e indefensa ante la la delincuencia y tiene la convicción de que a los criminales implacables no hay otro camino que aplicar su propia medicina [es decir, matarlos de forma extrajudicial — N.P.]. En otras palabras, la desesperación y el miedo de los ciudadanos termina por concederle cierta legitimidad a esta variación de terrorismo de Estado. (88)

A la luz de los episodios desencadenados a partir del asunto del archivo, el narrador atraviesa algo como un nuevo despertar moral en la mitad de su vida. Contempla nuevos testimonios de décadas enteras de terrorismo del estado en Guatemala y se implica de nuevo en el proceso de esclarecimiento de la historia reciente, el cual, en su país, como en otros (Nicaragua, Honduras, Perú, Argentina, Chile), ayuda a recrea la esfera pública destruida por los conflictos armados (se encargan de hacer los dolorosos recuentos organismos estatales y privados; en la novela se mencionan, para Guatemala, la Comisión para el Esclarecimiento Histórico, entre otros). Pero además, reconstruyendo biografías de personas concretas, el narrador redescubre la certeza de que las elecciones morales nunca son unívocas, dadas las drámaticas circunstancias en que se hacen (véase el cas de Tun, profesional impecable y no desprovisto de sentido humano, ni de dignidad, que sin embargo se hizo, a la fuerza, corresponsable de los crímenes policiales).

El protagonista termina dudando de si su investigación no fuera manipulada y se pregunta sobre el posible papel del escritor frente a fuerzas cuyos poderes son incontrolables. Se barajan varias soluciones. Está el maximalismo moral encontrado en una cita de Zagajewski: “Describir nuevas variedades del mal y del bien — he aquí la magna tarea del escritor” (84). A lo que se opone un cierto realismo de quienes viven constantemente amenazados por la represión o sus remanentes (el narrador se pregunta sobre la pureza de la distinción entre el bien y el mal). Medio en broma, el narrador le plantea a su amante el proyecto de hacerse agente secreto de la policía, porque „así podría contribuir de manera positiva en la lucha contra el crimen en mi país” (147). En la Guatemala de Rey Rosa, los crímenes no han sido en su mayoría expurgados; y lo que es grave, los esquemas del autoritarismo violento se han perpetuado en las instituciones a primera vista democráticas. La novela de Rey Rosa muestra ese tejido de la historia reciente que une inevitablemente lo privado con lo político. Ejemplifica asimismo esa estructura de búsqueda semipolicíaca, que tiene dimensión política e intimista a la vez, que hemos señalado al principio. Tanto en las familias, como en los Estados hay historias ocultas que una red de intereses, a menudo inmorales, procura mantener en silencio. Este motivo de implicación familiar aporta argumentos literarios a la tesis de la imposibilidad de objetivismo a la hora de enjuiciar la historia: “como la historia se hace desde el presente, y así lo *incluye*, no es probable que pueda hacerse una crítica imparcial” (55) (lo que hace eco de las tesis historiosóficas de BENJAMIN W., 1975: 151—164).

Varias novelas del boliviano Edmundo Paz Soldán (nacido en 1968; autor, entre otros, de *Río Fugitivo*, 1998, *Sueños digitales*, 2000, *La materia del deseo*, 2001, *El delirio de Turing*, 2004, *Palacio Quemado*, 2006) sitúan en primer plano a unos protagonistas jóvenes que reactualizan en su propia vida, casi siempre sin querer, los traumas vividos por la generación de sus padres durante la época de las dictaduras militares (1964—1982), particularmente la de Hugo Banzer (disfrazado bajo la figura del ficcional Montenegro). En todas las novelas mencionadas los jóvenes bolivianos que inician la carrera en alguna profesión más o menos creativa (p. ej. profesor académico, diseñador digital, portavoz del gobierno) se topan con dificultades que les oponen los fantasmas del pasado. En *La materia del deseo* y *Palacio Quemado* estos fantasmas vuelven bajo la forma de misterios familiares (un padre héroe de la guerilla urbana de los 70.; un hermano muerto hace años y aureolado de heroísmo), que obligan a los protagonistas, entre intrigados y molestos, a escarbar en el pasado. Y lo encuentran, por supuesto, prolongado en el presente: en los resentimientos familiares vivos bajo la fina capa de la “normalidad” posdictatorial, en los intentos de maquillar el pasado por los políticos del antiguo régimen convertidos en demócratas liberales sin tacha. La figura de Montenegro, antiguo dictador reelecto como presidente en la democracia, resulta particularmente insidiosa. En *Sueños digitales* al protagonista lo contrata el gobierno para la tarea confidencial de retocar en Photoshop algunas de las antiguas fotos del ex-dictador que hoy resultarían demasiado comprometedoras. En *La materia del deseo* Montenegro protege, bloqueando su extradición, a un potente traficante de drogas, personaje histriónico que se las da de benefactor del pueblo boliviano. La generación de los padres, resignada, ya no protesta demasiado contra esos desmanes, mientras que los jóvenes, apodados “la generación fría”, han abandonado un concepto de compromiso y de lucha política a la antigua:

Evité comprometerme con alguna ideología específica, con colores de un partido. Hice como muchos otros y picotée tanto de la centro-izquierda como de la centro-derecha; después de todo los partidos se iban pareciendo cada vez más, los líderes recalcitrantes de la izquierda que habían prometido no cruzar los ríos de sangre que les separaban de sus ex-torturadores de la derecha decían que era hora de “construir puentes” sobre esos ríos. Yo construía puentes, o más bien telarañas que alcanzaban a casi todos los partidos del espectro universitario.

Palacio Quemado: 15

No se afilian, pues, no forman grupos de combate, esporádicamente defienden causas ajenas. Su necesidad de acción se resuelve en viajes — movimiento pendular entre países, incluso continentes. El ciberespacio se vuelve un espacio alternativo habitual de vida y convivencia: en la socialmente más radical obra de Paz Soldán, *El delirio de Turing*, es en la red donde los jóvenes planean un

golpe de estado contra el corrupto Montenegro. Pero por lo general, a la vista de la insuficiencia de la transición democrática y la hipocresía con que los viejos cuadros de la dictadura se han mutado en políticos neoliberales, los jóvenes de la clase media optan por flotar en la superficie de la sociedad, construyendo su bienestar y eludiendo en la calle las ocasionales agrupaciones de obreros indios en huelga o la turba de los míseros y abigarrados vendedores ambulantes.

La generación que representan los jóvenes bolivianos de la clase media se enfrenta, por primera vez en la historia a esa escala, con la transformación posmoderna del concepto de patriotismo. Bolivia, como otros países latinoamericanos multinacionales, con predominio de razas no blancas, ha sido desde la Independencia más bien un proyecto de país que un estado fuerte, cuyos ciudadanos se suscribieran todos a la lista de unos valores comunes. A este patriotismo tradicional pero “débil” se viene a mezclar desde hace poco el patriotismo transnacional, basado menos en la filiación de la raza o del territorio, y más en un sentimiento de pertenencia todavía mal definido, que incluye tanto participación en la cultura de masas global, como en las acciones de ayuda no gubernamentales. El patriotismo por encima de las fronteras físicas, es decir el de las diásporas, pero también el de las comunidades transnacionales de ayuda, de los foros en Internet y las redes sociales, apela a las tradiciones textuales y mediáticas, es decir, a lo que se puede reproducir por escrito, en imagen o sonido y poner en circulación global.

Sin embargo, los protagonistas de Paz Soldán parecen suspensos entre ambas opciones, la del patriotismo tribal o nacionalista tradicional y la de la afiliación a unos movimientos, organizaciones y espacios sociales reales, de carácter transnacional (APPADURIAN, A., 2005: 261). La inestabilidad del concepto de patriotismo en la realidad global de hoy significa que, por un lado, las sociedades se abren a flujos de migrantes y buscan nuevas fórmulas para su diversificación, renunciando al nacionalismo de sangre, por otro lado, se exagera un etnonacionalismo, una renovada sed de sangre, que es resultado de actos de movilización surgidos de nuevas logísticas en la circulación de los flujos globales y de una propaganda transnacional (237—241). Pedro de *La materia del deseo*, joven académico que trabaja en la universidad de Berkley en Estados Unidos, padece en su propia piel las consecuencias de esas ambigüedades. Fue a Berkeley a buscar el rastro de su padre y esclarecer unos episodios dolorosos de su vida en la época dictatorial en Bolivia. Tiene pues un interés legítimo en explorar su identidad privada, pero a veces se ve obligado, fuera de su país, a cultivar la identidad boliviana o latinoamericana de una manera que no siempre le convence; especialmente cuando se topa con investigadores extranjeros que se acercan a esa realidad con los filtros de su formación profesional o ideológica (p. ej. compromiso con las minorías latinoamericanas, al que Pedro, procedente de una clase media acomodada, no se afilia). Es entonces cuando la identidad, así como una determinada visión de la historia, se revelan más en su calidad de constructos culturales e instrumentos

de negociación. Cuando los investigadores extranjeros le provocan diciendo que Latinoamérica es un gran concepto abstracto (ya que no hay, al parecer, nada que una un boliviano a un venezolano), se siente incómodo; igual de incómodo cuando ha de reconocer su conformismo ("no hay nada de orgullo en decir que nosotros nos equivocamos menos [que las guerrillas urbanas de los 70. — N.P.]", *La materia del deseo*, 96).

Al volver de visita a su ciudad natal en Bolivia (Río Fugitivo, un espacio de la Bolivia ficcional que convoca el autor en varias novelas) siente nostalgia, pero a la vez incomodidad de no estar en casa en ninguna parte. La nostalgia, el sentimiento que embarga la "literatura transnacional"⁶ implica la reconstrucción de unos espacios e historias que nunca serán los mismos; y, como Pedro lo comprueba, nunca entregarán enteramente su secreto ("Esta ciudad no es mía. Soy un extraño, un extranjero en ella", 63). No pueden hacerlo porque pertenecen a la historia, y ésta, como ya hemos visto en las fábulas anteriores, la escriben quienes acceden a ella. Tanto la historia familiar, que Pedro investiga en *amateur*, como la nacional, que estudia y divulga en la prensa norteamericana, se le revela en su incertidumbre; es quizá reflejo de su propia vacilación (¿inmadurez?) a la hora de elegir amores, trabajos, identidades. Su vaivén entre el país de la infancia y el de su edad adulta, desde donde empieza a conceptualizar su bolivianismo, se convierte en la metáfora de la condición fronteriza del espacio de una nación que señala Bhabha (en su estudio de las narraciones constitutivas de la nacionalidad). Pedro y los demás personajes de Paz-Soldán viven indecisos en la zona intermedia, el espacio "entre": entre el discurso emancipador de la izquierda antigua, el aparentemente neutro y tecnócrata de los liberales, el poscolonial de la academia occidental y el reivindicador de los obreros indios en huelga (en las calles de su ciudad boliviana natal).

La lista de obras de narrativa hispanoamericana contemporánea que presentan el entrelazamiento de lo privado y lo político en el marco de un esquema de investigación que se opone al ocultamiento de la historia, no se reduce, desde luego, a las arriba comentadas. En la época de la más o menos defectuosa democracia en Latinoamérica, a partir ya de los años 70., tal tipo de trama emerge con regularidad en las literaturas de diferentes países; podríamos indicar *La conversación en la Catedral* de Vargas Llosa como un antecedente en los años 60. del siglo XX. Luego vienen, por ejemplo, además de las que aquí comento, las novelas *El desfile de amor* (1984) del mexicano Sergio Pitlor, *El testigo* (2004) del también mexicano Juan Villoro, *La hora azul* (2005) del peruano Alonso Cueto, *Abril rojo* (2006), del peruano Santiago Rocagliolo. La explicación más trivial que se impone es que en un continente donde la esfera de la política ha

⁶ "El texto transnacional apunta la nostalgia de un espacio íntimo, privado y familiar; inscribe la pérdida de un pasado que evoca y reconstruye para hacerlo permanecer, mas allá de la desterritorialización, o mejor aún, a pesar de ella" (BADOS CIRIA, C., 2006: 260).

sido durante décadas permeada por una criminalidad a menudo flagrante, esta combinación de lo político, privado y policiaco parece obedecer a los acontecimientos de la realidad misma (la misma relación, de la realidad obliterada por el poder y la búsqueda individual de la verdad aparece en el muy popular hoy en el continente género del neopolicial). Sin discutir las obviedades, podríamos añadir que en estas novelas surge una importante, por su frecuencia, práctica individual de revisión histórica, que se opone al ocultamiento hegemónico (y a los ocultamientos familiares en la dimensión privada). Las novelas que he escogido, gracias al uso de la primera persona narrativa, refuerzan precisamente este significado de apropiación individual de la historia. Indagar en la historia por su propia cuenta, a contrapelo de las obliteraciones oficiales ejemplifica una actitud de independencia frente al fraudulento estado. Los detectives *amateur* actuales, igual que los profesionales del neopolicial pueden sentir el orgullo de hacer las cosas bien (es decir, llevar con éxito una investigación); de oponerle así alguna resistencia al “sistema” (HERNÁNDEZ MARTÍN, J., 2001: 171).

Bibliografía

- APPADURAI, Arjun, 2005: *Nowoczesność bez granic. Kulturowe wymiary globalizacji*. Przeł. Z. PUCEK. Kraków, Universitas 2005.
- BADOS CIRIA, Concepción, 2006: “Literatura transatlántica/textos transnacionales: estéticas de la transmodernidad”. En: PORRO HERRERA, María José, SÁNCHEZ DUEÑAS, Blas, ed.: *En el umbral del s. XX. Un lustro de literatura hispanica*. Universidad de Córdoba.
- BENJAMIN, Walter, 1975: „Tezy historiozoficzne”. W: *Twórca jako wytwórca*. Przeł. H. ORŁOWSKI. Poznań, Wydawnictwo Poznańskie.
- BHABHA, Homi, 2010: *Miejsca kultury*. Przeł. T. DOBROGOSZCZ. Kraków, Wydawnictwo Uniwersytetu Jagiellońskiego.
- FERNÁNDEZ PORTA, Eloy, 2006: „Respiración artificial. 2000” (reseña). En: CARRIÓN, Jorge: *El lugar de Piglia. Crítica sin ficción*. Barcelona, Editorial Candaya.
- FOUCAULT, Michel, 2000: *Historia seksualności*. Przeł. B. BANASIAK, T. KOMENDANT, K. MATUSZEWSKI. Warszawa, Czytelnik.
- GRAY, Jeffrey, 2007: “Placing the Placeless: a Conversation with Rodrigo Rey Rosa” (2000). En: *Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de America Latina*. Vol. 4, no 2, http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente/winter_07/Gray.pdf [fecha de la consulta: 23 de febrero de 2011].
- HERNÁNDEZ MARTÍN, Jorge, 2001: “Paco Ignacio Taibo II: Post-Colonialism and the Detective Story in Mexico”. In: CHRISTIAN, Ed: *The Post-Colonial Detective*. Houndmills, Basingstoke, Palgrave MacMillan.
- LACAN, Jacques, 1981: *Le Séminaire. Livre III: Les psychoses*. Paris, Seuil.
- PAZ SOLDÁN, Edmundo, 2000: *Sueños digitales*. Barcelona, Anagrama.
- PAZ SOLDÁN, Edmundo, 2001: *La materia del deseo*. Barcelona, Anagrama.
- PAZ SOLDÁN, Edmundo, 2004: *El delirio de Turing*. Barcelona, Anagrama.

- PAZ SOLDÁN, Edmundo, 2006: *Palacio Quemado*. Barcelona, Anagrama.
- PIGLIA, Ricardo, 2001 (1980): *Respiración artificial*. Barcelona, Anagrama.
- PIGLIA, Ricardo, 2002: *Crítica y ficción*. Barcelona, Anagrama.
- REY ROSA, Rodrigo, 2009: *Material humano*. Barcelona, Anagrama.
- SAID, Edward, 2007 (1978): „Orientalizm (wprowadzenie)”. W: BURZYŃSKA, Anna, MARKOWSKI, Michał P.: *Teorie literatury XX wieku. Antologia*. Przeł. W. KALINOWSKI. Kraków, Znak.
- SAER, Juan José, 2008: “Historia y novela, política y policía”. En: CARRIÓN, Jorge, ed.: *El lugar de Piglia. Crítica sin ficción*. Barcelona, Editorial Candaya.

Síntesis curricular

Nina Pluta, hispanista, imparte clases de literatura hispanoamericana en la Universidad Pedagógica de Cracovia. Junto con Ewa Łukaszyk publicó *Historia literatury hispanoamerykańskiej* (ed. Ossolineum). Tradujo al polaco, con Tomasz Pindel, *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño.